

Iberoamérica y los republicanos

Henry Raymond

México. Hace no mucho se decía que era más conveniente para América Latina tener un gobierno demócrata en Washington que uno republicano. En la contienda entre Bill Clinton y George Bush esa afirmación ya no tiene la vigencia que tuvo, por ejemplo, en las elecciones de Franklin D. Roosevelt o John F. Kennedy. Un sutil pero palpable cambio favorable al candidato republicano se advierte de manera muy especial en México por el impulso que Bush le ha dado al Tratado de Libre Comercio, en contraste con la timidez con la que Clinton ha estado tratando el tema.

Un factor determinante de este cambio es la corriente neoliberal que han adoptado los gobiernos latinoamericanos, en mayor o menor grado, en consonancia con los teóricos del libre mercado de Bush. Otro factor es el carácter pragmático que Bush le imprimió a la política regional, especialmente en Centroamérica, por medio del secretario de Estado James Baker.

El connotado politólogo Jorge Domínguez, de la Universidad de Harvard, seguramente es uno de los primeros especialistas en proclamar que con George Bush el hemisferio presenciaría la política más activista desde el presidente Kennedy.

Si bien es cierto que ese activismo se extralimitó con la invasión de Panamá, también es cierto que Bush renunció a la obsesiva y estéril política de Reagan del enfrentamiento con Nicaragua y El Salvador, por la negociación.

Evidentemente no se precisaba de mucho para lograr una política más constructiva hacia Latinoamérica. Con personajes como Elliott Abrams y Jesse Helms en posiciones de poder, Reagan nos dejó uno de los capítulos más funestos de las recientes relaciones interamericanas.

Este resultado negativo de un gobierno republicano hace difícil explicar el apoyo que Bush ha logrado entre un significativo sector de la opinión latinoamericana, de no haber sido por la bancarrota del liderazgo de los demócratas con respecto a su comportamiento hacia Latinoamérica, que terminó fluctuando entre la apatía y hacerle coro a los republicanos porque les faltó la imaginación para presentar opciones, a diferencia de los tiempos de Roosevelt y Kennedy.

La historia de ese repliegue es compleja pero basta aquí señalar que desafiados por los republicanos, quienes los acusaban de ser demasiado "blandos" en la lucha contra los comunistas, los demócratas ya desde la presidencia de Truman optaron por subordinar la política interamericana a los imperativos de la *guerra fría*.

Lamentablemente lo que comenzó como una táctica electoral, con el pasar del tiempo se convirtió en costumbre y luego en doctrina.

Sin dejar de reconocer los enconados esfuerzos de algunos demócratas (como los ya derrotados líderes de la Cámara, Jim Wright y Bill Alexander), para bloquear la masiva ayuda de Reagan a las fuerzas antisandinistas y a los militares salvadoreños, la bancada demócrata pronto dejó de criticar la política intervencionista de los republicanos, y llegó hasta a apoyar con vehemencia la invasión de Panamá y, más recientemente, a ponerse en la vanguardia de los que quieren estrechar todavía más el bloqueo contra Cuba, evidentemente con el propósito de congraciarse con los votantes. Este vuelco de la tradicional postura progresista de los demócratas, explica la favorable actitud que un creciente número de sectores latinoamericanos demuestran hacia Bush. No cabe duda de que se necesita de una fuerte amnesia para suprimir los recuerdos de las violaciones que cometieron los republicanos contra los principios básicos de la convivencia interamericana: la invasión a Granada, el caso de Panamá, el apoyo de Reagan a Gran Bretaña durante la guerra con Argentina por las Malvinas, la tesis de que sus tropas y policías pueden cruzar cualquier frontera para apresar a los individuos que consideren hayan violado leyes estadounidenses.

Tampoco la Convención Republicana ni las primeras embestidas de la campaña dieron indicios de que Bush adoptaría una política más generosa hacia Latinoamérica que Clinton. Todo lo contrario. Allí se perfilaron actitudes francamente racistas y de fanatismo patriotero que de ninguna manera suenan bien para los vecinos del sur.

Las generalidades del lema "Dios, familia y patria" en Houston se concretaron en febriles declaraciones en contra de una mayor inmigración (Buchanan hasta repitió su propuesta de crear un muro en la frontera con México), en repudio a los homosexuales y a lo que burdamente se calificó como "familias no tradicionales" (en alusión a la esposa de Clinton que es madre y profesional, además de ser un eufemismo para las madres solteras con hijos, especialmente de la clase pobre negra).

Fue chocante para los no estadounidenses que siguieron la convención a través de la televisión, especialmente en México, el tono patriotero que daba la impresión que para el Partido Republicano Estados Unidos, en su nueva posición de máxima superpotencia mundial, se sentía libre para imponer su modelo político y económico en cualquier parte del globo. Hasta el momento Bush no ha hecho nada para contrarrestar estas inquietudes.

En su discurso de aceptación el presidente adoptó una posición de cercanía con la derecha, con el claro propósito de compensar su propio pasado de político moderado. A la vez decepcionó a muchos de sus adeptos al negarse a criticar las injurias que lanzan los republicanos más radicales contra los demócratas.

Uno de los columnistas que más se indignó por el tono de la retórica republicana fue el conservador George F. Will, antiguo amigo personal de Reagan. En referencia a una jocosa declaración de un líder republicano en el sentido de que por sus problemas familiares Woody Allen se definía como demócrata, Will denunció: "La gente sería se siente asqueada ante la cloaca intelectual en que se ha convertido la campaña de Bush con su sórdida colección de mentirosos y aspirantes a ayatollas".

En defensa de Bush, el comentarista David Horowitz, un radical de izquierda convertido a neoconservador, sólo atinó decir en *Los Angeles Times* que "todos los partidos tienden a la exageración."

Puede que sea injusto juzgar la plataforma y el espíritu de un partido por sus convenciones y la retórica de las campañas electorales, ya que ambas son más circo y "show biz" que indicios fehacientes de la política que pondrá en marcha el candidato. Lo mismo se dijo en este espacio sobre Clinton cuando fue criticado por dar poca atención a la situación internacional, específicamente a las relaciones con Latinoamérica, en la Convención Demócrata.

Por eso lo que más debiera preocupar a América Latina es que ni Clinton ni Bush parecen tener una idea cabal sobre el papel que tendrán las relaciones interamericanas dentro de la nueva configuración mundial, ahora que el viejo esquema de la *guerra fría* se ha desplomado.

Lo que está claro es que ni uno ni otro han elaborado una estrategia de largo plazo para las relaciones con el hemisferio aparte del ambicioso pero todavía vago esquema de una zona de libre comercio que abarque toda América y que se denomina "Empresa para las Américas".

Por cierto, ni el TLC ni ese eventual mercado "de Alaska a Tierra del Fuego", por importantes que sean, son la suma total de la política de Washington hacia Latinoamérica, cosa que la campaña de Clinton no ha sabido aprovechar. En ese sentido quedan por definir importantes cuestiones: ¿Cómo difieren los dos candidatos con respecto a los refugiados haitianos? ¿Qué soluciones proponen para aliviar el monto de la sofocante deuda exterior que todavía pesa sobre la mayoría de las naciones americanas amenazando sus frágiles instituciones democráticas? ¿Qué política proponen hacia Cuba mientras Fidel Castro sigue en el poder?

En la falta de respuesta a éstas y otras preguntas es donde más destaca la ausencia de una visión global, de una política que indique cuál es la posición que Latinoamérica ha de ocupar en la *wel-tanschauung* del futuro gobierno estadounidense.

Lo que puede estar en juego es una reevaluación de los lazos excepcionales semejantes a los que representaron las repúblicas del Nuevo Mundo durante la época rooseveltiana, conocida como la política del *Buen Vecino*, o una continuación del olvido en que cayeron durante el casi medio siglo que duró la *guerra fría*, quizás simplemente porque los arquitectos de la política exterior de hoy ya no están acostumbrados a otra cosa.

Seguramente asombraría, por ejemplo, a cualquiera que viva en un país de habla castellana percatarse de la total indiferencia del gobierno de Washington hacia las cumbres iberoamericanas y las otras actividades que intentar lograr la creación de una comunidad iberoamericana.

Tampoco ningún medio de comunicación estadounidense ha descrito esa iniciativa española, que naciera a raíz de las conmemoraciones del Quinto Centenario, en sus verdaderas dimensiones.

Sin embargo hay intelectuales latinoamericanos como Germán Arciniegas, de Colombia, que consideran que los planes españoles reflejan un propósito político que podría entrar en conflicto con el sistema interamericano, ya que tienden a separar a Latinoamérica de Estados Unidos, Canadá y las islas an-glófonas del Caribe que son miembros de dicho sistema.

Puede que nada de lo que pretende el gobierno español sea incompatible con el sistema interamericano, que con sus 104 años ya tiene gran necesidad de fortalecimiento, modernización y reforma.

Pero mientras España ha gastado miles de millones de dólares para crear su propia comunidad, para el pobre sistema interamericano nunca parece que hay recursos suficientes para pagar siquiera las labores de rutina del organismo principal, la Organización de los Estados Americanos, al que se le ha encomendado nada menos que restaurar la democracia en Perú y Haití.

Mientras prevalezca un total silencio sobre estas materias en los medios de información estadounidenses no puede haber el necesario debate público que lleve a decisiones constructivas, y por el momento ninguno de los candidatos ha mostrado el menor interés en abordarlos.

La falta de atención de Clinton para con las relaciones internacionales (que ya fue tratado en este espacio), ha dejado campo abierto a la campaña republicana, que ha levantado al TLC como uno de los logros más concretos de la política económica de Bush.

Lo irónico es que la idea que enmarca al TLC, la Iniciativa para las Américas, ha quedado sin respuesta en el lado demócrata donde parecen haberse olvidado que Lyndon Johnson fue quien más activamente quiso promover un mercado común hemisférico, una de las tantas positivas iniciativas de ese presidente que quedó sacrificada con la guerra de Vietnam.

Ese no sería el único legado demócrata que Bush está aprovechando para su campaña, ya que desde que las encuestas se mostraban desfavorables a su candidatura, el presidente empezó a compararse con otro candidato que todos daban por desahuciado, Harry S. Truman. En lo que respeta a Latinoamérica, Truman

no es exactamente "otro Roosevelt," como dirían algunos, sino todo lo contrario. Pero ese es tema para otra columna.